

ferencia aquel espectáculo de ventura, de bienestar y de alegría.

En el piso superior se ve en un espacioso balcon, sostenido por hermosas cariátides y coronado por una *viranda* india guarnecida de colgaduras y flecos, una familia de Ingleses, felices é impasibles conquistadores de la Malta actual.

Allí, algunas nodrizas moriscas, de flameantes ojos, de tez aplomada y negra, tienen en sus brazos á aquellos hermosos niños de la Gran Bretaña cuyos cabellos rubios y rizados, cuyo cútis de nieve y rosa, resisten al sol de Calcuta como al de Malta ó Corfú.

Aquellos niños bajo el manto negro y la ardiente mirada de aquellas mugeres semi-africanas, parecen hermosos y blancos corderillos colgados de los pezones de los tigres del desierto.—En la azotea, la escena es diferente; los ingleses y los malteses se la dividen.—A un lado, se ven algunas muchachas de la isla con la guitarra bajo el brazo, y entonando algunas notas de un antiguo canto nacional, agreste como aquel pais; al otro, una jóven y hermosa inglesa, melancólicamente reclinada sobre su codo, contempla con indiferencia la escena de vida que pasa bajo sus miradas, y recorre las páginas de los inmortales poetas de su patria.

Añádanse á esta vista los caballos árabes mon-

tados por los oficiales ingleses, y corriendo, la crin revuelta, sobre la arena del muelle;—los carruages malteses, especies de litera con dos ruedas, tiradas por un solo caballo berberisco que el zagal sigue á pié galopando, ceñida la cintura con una faja encarnada con largas franjas, y cubierta la frente con la redecilla ó el gorro colorado, pendiente hasta la cintura, del arriero español; (1)—la gritería de los muchachos desnudos que se precipitan en el mar y nadan junto á nuestra lancha, los cantos de los griegos ó de los sicilianos anclados en el puerto vecino y respondiéndose en coro de un puente de un buque á otro, y las monótonas y saltarinas notas de la guitarra formando como un blando zumbido del aire de la tarde debajo de todos aquellos sonos agudos, y se tendrá una idea de un muelle de la Empsida el domingo por la tarde.

24 de Julio, 1832.

Libre entrada en el puerto de la ciudad Valetta; el gobernador, sir Federico Ponsomby, que ha vuelto de su quinta para agasajarnos, nos recibe

(1) Escusado es advertir la inesactitud de esta comparacion: la redecilla no se usa ya en España hace medio siglo, y los gorros colorados pendientes hasta la cintura, son peculiares de los catalanes.

en el palacio del Gran Maestro á las dos.—Esce-
lente fisonomía de un honrado inglés:—la probi-
dad es el carácter de esas caras varoniles:—eleva-
cion, gravedad y nobleza, tal es el tipo del verda-
dero gran señor inglés. Admiramos el palacio;—
magnífica y digna sencillez:—belleza en el conjun-
to y en la falta de vanas decoraciones por fuera y
por dentro;—espaciosas salas;—largas galerías;—
pinturas severas;—escalera ancha, cómoda y so-
nora;—sala de armas de doscientos piés de longi-
tud, que encierra todas las armaduras de todas las
épocas de la historia de la orden de San Juan de
Jerusalén.—Biblioteca de 40,000 volúmenes, don-
de nos recibe el director, el presbítero Bollanti, jó-
ven eclesiástico maltes, en un todo semejante á los
abates romanos de la rancia escuela;—ojo pene-
trante y dulce, boca meditativa y sonriente, frente
pálida y articulada, lenguaje elegante y compa-
sado, urbanidad sencilla, natural y fina.—Habla-
mos mucho tiempo, porque esa es la especie de
hombres mas propia para una larga y grata con-
versacion.—Hay en él, como en tantos eclesiásti-
cos apreciables que he hallado en Italia, algo de
triste, de indiferente y de resignado, que recuerda
la noble resignacion de un poder caido.—Criados
entre ruinas,—sobre las mismas ruinas de un mo-
numento derruido, han tomado de ellas la melan-
colía y la indiferencia de lo presente.—¿Cómo, le
dije, un hombre como vd. soporta el destierro inte-

lectual y la reclusion en que vd. vive en este pala-
cio desierto y entre el polvo de estos libros?—Es
verdad, me respondió; vivo solo y triste; el hori-
zonte de esta isla es muy limitado; el ruido que po-
dria yo hacer aquí con mis escritos no resonaria á
mucha distancia, y aún el que otros hombres ha-
cen en otras partes tiene aquí muy poco eco; pero
mi alma ve mas allá un horizonte mas libre y mas
vasto, adonde mi pensamiento se complace en vo-
lar; tenemos un hermoso cielo sobre la cabeza, un
aire tibio en derredor de nosotros, un mar dilatado
y azul bajo los ojos; esto basta para la vida de los
sentidos; en cuanto á la vida de la inteligencia, en
ninguna parte es mas intensa que en el silencio y
la soledad.—Esta vida asciende así directamente
á la fuente de donde emana, á Dios, sin estraviar-
se y alterarse con el contacto de las cosas y de los
cuidados del mundo.—Cuando San Pablo, yendo
á llevar la fecunda palabra del cristianismo á las
naciones, naufragó en Malta, y pasó aquí tres
meses para sembrar el grano de mostaza, no se
quejó de su naufragio y de su destierro, que va-
lieron á esta isla el conocimiento precoz del Verbo
y de la moral divina, —y ¿me quejaré por ventura,
yo, nacido en estas áridas peñas, si el Señor me
confina en ellas para conservar su verdad cristia-
na en los corazones donde tantas verdades están á
punto de extinguirse?—Esta vida tiene su poesía,
añadió; cuando me desembarace de mis clasifica-

ciones y de mis catálogos, acaso escribiré también esta poesía de la soledad y de la oración!—Me separé de él con sentimiento y deseo de volverle á ver.

La iglesia de San Juan, catedral de la isla, tiene todo el carácter, toda la gravedad que pueden esperarse de semejante monumento en semejante sitio,—grandeza, nobleza, riqueza; las llaves de Ródas, que se llevaron los caballeros, después de su derrota están suspendidas á ambos lados del altar, símbolo de eterno sentimiento ó de esperanzas para siempre defraudadas. —Bóveda soberbia, pintada toda por el Calabrés;—obra digna de Roma moderna en sus mejores tiempos de la pintura.

Un solo cuadro me sorprende en la capilla de la Eleccion;—es de Miguel Angel de Caravaggio, á quien los caballeros de su época llamaron á la isla para que pintara la bóveda de San Juan. Empeñóla en efecto, pero pudieron más la violencia y la irascibilidad de su áspera condicion;—tuvo miedo de una larga obra y se fué,—dejando en Malta su obra maestra, la Degollacion de San Juan Bautista. Si nuestros pintores modernos que buscan el romanticismo por sistema en vez de hallarle por naturaleza, viesen este magnífico cuadro, conocerian que su soñada invencion se inventó mucho ántes que ellos nacieran.—Hé ahí el fruto nacido en el árbol, y no el fruto artificial moldeado en cera y pintados con falsos colores:—acti-

tudes pintorescas, energía, profundidad de sentimiento, verdad y dignidad reunidas;—vigor de contrastes, y sin embargo unidad y armonía, horror y belleza juntamente, tal es el cuadro.—Es uno de los más bellos que he visto en mi vida.—Es el cuadro que buscan los pintores de la escuela actual.—No busquen más; ya está hallado.—Nada hay nuevo en la naturaleza ni en las artes;—todo lo que se hace ha sido ya hecho;—todo lo que se piensa, ya lo han pensado otros.—Todo siglo es plagario de otro siglo, porque todos, todos sin escepcion, artistas ó pensadores, percederos y fugitivos, copiamos de diferentes maneras un modelo inmutable y eterno, la naturaleza,—ese pensamiento uno y diverso del Criador! . . .

23 de Julio, 1832.

Desde lo alto del observatorio que señorea el palacio del Gran Maestre,—vista general de las ciudades, puertos y campos de Malta;—tierras pedradas, sin forma, sin colores, áridas como el desierto;—ciudad semejante á una concha de tortuga encallada en la peña;—parece que ha sido labrada en un solo pedazo de roca viva;—escenas de azoteas al anochecer;—mujeres sentadas en esas azoteas.—Así vió David á Betsabé,—nada más gra-

cioso ni mas seductor que esas figuras blancas ó negras, semejantes á sombras, apareciendo así á los rayos de la luna sobre los techos de esa muchedumbre de casas.—A las mugeres no se las ve sino allí, en la iglesia, ó en los balcones: todo lenguaje está en los ojos; todo amor es un largo misterio que no alteran las palabras:—así se enlaza y se desenlaza sin palabras un largo drama.— Ese silencio, esas apariciones á ciertas horas, esos encuentros en los mismos sitios, esas intimidades á distancia, esas espresiones mudas, son acaso el primero y el mas divino lenguaje del amor, ese sentimiento superior á las palabras, y que, como la música, espresa en una lengua aparte lo que ninguna lengua puede espresar.

Estos aspectos, estos pensamientos rejuvenecen el alma; ellos hacen conocer el único encanto inagotable que Dios ha derramado sobre la tierra, y lamentar que sean tan rápidas y varias las horas de la vida. Dos solos sentimientos le bastarian al hombre, aún cuando alcanzase la edad de esas peñas del mar,—la contemplacion de Dios y el amor.—El amor y la religion son los dos pensamientos, ó mas bien, el pensamiento uno de los pueblos del mediodia;—así es que no buscan otra cosa: eso les basta.—Nosotros los compadecemos, cuando deberiamos envidiarlos.—¿Qué hay de común entre nuestras pasiones facticias, entre la tu-

multuosa agitacion de nuestros vanos pensamientos, y esos dos solos pensamientos verdaderos que ocupan la vida de esos hijos del sol:—la religion y el amor,—una encantando lo presente, otra encantando el porvenir? Así es que siempre he admirado, á pesar de las preocupaciones contrarias, la serenidad profunda y rara vez turbada de las fisonomías meridionales,—y esa espresion de sosiego, de calma, de felicidad estampada en los hábitos y en los semblantes de esa muchedumbre silenciosa que respira, vive, ama y canta.... ¡El canto! esa superabundancia de la ventura y de las impresiones en una alma demasiado llena! En Roma, en Nápoles, en Génova, en Malta, en Sicilia, en Grecia, en Jonia, se canta en las playas, sobre las olas, sobre las azoteas; no se oye mas que el lento recitativo del pescador, del marinero, del zagal, ó los vagos zumbidos de la guitarra en las noches serenas.—Esa es la felicidad, dígase lo que se quiera.—Son esclavos, dirán algunos. ¿Y qué saben ellos? ¡Esclavitud ó libertad! ¡Desgracia ó felicidad de convencion! La desgracia ó la felicidad verdadera están mas cerca de nosotros. ¿Qué les importa á esas pacíficas muchedumbres que respiran la brisa del mar ó se tienden bajo los tibios rayos del sol de Sicilia, de Malta ó del Bósforo, que les haga la ley un sacerdote, un bajá ó un parlamento? ¿Altera eso en algo sus relaciones con la naturaleza, las únicas que los ocupan? No,

seguramente: toda sociedad libre ó absoluta se resuelve siempre en servidumbres mas ó ménos sentidas.—Nosotros somos esclavos de las leyes variables y caprichosas que nos hacemos, y ellos lo son de la ley inmutable de la fuerza que les hace Dios;—todo esto, para la felicidad ó la desgracia, se reduce á lo mismo;—para la dignidad humana y para el progreso de la inteligencia y de la moral del hombre,—no,—no; y todavía seria preciso ecsaminar bien la cuestion ántes de pronunciar este no.—Tomemos á la ventura cien hombres entre esos pueblos esclavos, y ciento entre nuestros pueblos llamados libres, y cotejemos.—¿Dónde se hallan mas ó ménos moral y virtudes?—Bien lo sé, pero tiemblo de decirlo.—Si alguno leyese esto despues de mí, me acusaria de parcialidad hácia el despotismo ó de desprecio á la libertad.—¡Y se engañaria!—Yo amo la libertad como un esfuerzo difícil y ennoblecedor para la humanidad,—como amo la virtud por su mérito y no por su recompensa; pero se trata de felicidad, y en filosofia ecsamino y digo como Montaigne:—*¿Qué sé yo?* La verdad es que nuestras cuestiones políticas, tan capitales en nuestros liceos, ó en nuestros cafés, ó en nuestros clubs, son muy pequeñas vistas de lejos, en medio del océano desde la cima de los Alpes, á la altura de la contemplacion filosófica y religiosa.—Esas cuestiones no interesan mas que á algunos hombres que tienen pan y tiempo de so-

bra:—la multitud no tiene que ver mas que con la naturaleza:—una buena, hermosa y divina religion, esta es la política al uso de las masas. Este principio de vida falta á la nuestra, y he aquí por que tropezamos, caemos, volvemos á caer, no vamos adelante;—el aliento de vida nos falta; creamos formas y el alma no baja á ellas.—¡Oh Dios mio! volvednos vuestro aliento, ó perecemos.

Malta, 28, 29 y 30 de Julio, 1832.

Residencia forzada én Malta á causa de una indisposicion de Julia. Se restablece, y nos decidimos á ir á Esmirna, pasando por Aténas: allí estableceré á mi muger y á mi hija, è iré solo, cruzando el Asia Menor, á visitar las demas partes del Oriente. Levantamos el ancla, y ya vamos á salir del puerto cuando llega una vela del Archipiélago y anuncia la captura de varios buques por los piratas griegos y la matanza de las tripulaciones. El cónsul de Francia, M. Miége, nos aconseja que aguardemos dias; el capitan Lyons, de la fragata inglesa *Madagascar*, nos ofrece escoltar nuestro bergantin hasta Nauplia, en Morea, y aún llevarnos á remolque si no puede el bergantin seguir á la fragata, y como acompaña esta oferta con todas las atenciones que pueden realzar su va-

lor, aceptamos, y partimos el miércoles 1.º de agosto á las ocho de la mañana. Apenas salimos á alta mar, el capitan, cuyo buque vuela y nos deja muy atras, hace cargar las velas y nos aguarda;—nos tira al mar un barril al que está atado un cable; pescamos el barril y el cable, y seguimos, como un caballo de mano, la flotante mole que hiende las olas y parece que no se apercebe de nuestro peso.

Yo no conocia al capitan Lyons, comandante hace seis años de uno de los buques del apostadero inglés del Levante; él no me conocia á mí, ni aun de nombre; no me hallè con él en casa alguna en Malta, porque estaba haciendo cuarentena, y sin embargo, he aquí un oficial de otra nacion, de una nacion muchas veces rival y hostil que, á la primera señal nuestra consiente en retrasar su marcha dos ó tres dias, en someter su buque y su tripulacion á una faena muy peligrosa (el remolque), á oír acaso al rededor de sí á los marineros de su bordo murmurar de semejante condescendencia con un frances desconocido,—todo por solo un sentimiento de nobleza de alma y de simpatía por las inquietudes de una señora y los padecimientos de una niña.—Tal es el oficial inglés en toda su generosidad; tal es el hombre en toda la dignidad de su carácter y de su mision.—Jamás olvidaré ni la accion ni el hombre.—El hombre que viene á veces á nuestro bordo á informarse de nuestra sa-

lud y á reiterarnos las protestas del placer que experimenta en protegernos, me parece uno de los mas leales y francos que he conocido en mi vida.—Nada en él recuerda esa supuesta aspereza del marino; pero la firmeza del hombre, acostumbrado á luchar con el mas terrible de los elementos, se mezcla admirablemente en su rostro todavía juvenil y agraciado, con la dulzura del alma, la elevacion de los pensamientos y la amabilidad del carácter.

Despues de haber llegado desconocidos á Malta, no sin sentimiento vemos sus blancas paredes hundirse á lo léjos bajo las olas.—Esas casas, que, hace pocos dias, mirábamos con indiferencia, tienen ahora una fisonomía y un lenguaje para nosotros.—Conocemos á los que las habitan, y muchas miradas benévolas siguen desde lo alto de sus azoteas las lejanas velas de nuestros dos buques.

Los ingleses son un gran pueblo moral y político,—pero en general, no son un pueblo sociable.—Concentrados en la santa y dulce intimidad del hogar doméstico, cuando salen de él, lo que los conduce no es el placer, ni la necesidad de comunicar su alma ó de derramar su simpatía, sino el uso ó la vanidad.—La vanidad es el alma de toda la sociedad inglesa;—ella la que ha creado esas gerarquías de clases, títulos, dignidades y riquezas, que son lo único porque se diferencian los hombres, y que han hecho una abstraccion completa del hom-

bre para no considerar mas que el nombre, el vestido, la forma social.—¿Son diferentes en sus colonias? Me inclinaria á creerlo en vista de lo que hemos experimentado en Malta.—Desde el momento en que llegamos á este punto, recibimos de todo lo que compone esa hermosa colonia las muestras de-sinteresadas y cordiales de interes y benevolencia.—Nuestra residencia no ha sido mas que una continua y brillante hospitalidad.—Sir Federico Ponsonby y lady Emilia Ponsonby, su esposa, pareja digna de representar en todas partes, uno la virtud y noble sencillez de los grandes señores ingleses, la otra la dulce y graciosa modestia de las señoras de alta cuna en su patria.—La familia de Sir Federico Hankey, M. y madama Nugent, M. Greig, M. Freyre, antiguo embajador en España, nos han recibido menos como á viajeros que como amigos. Ocho dias los hemos visto y acaso no los volverémos á ver, pero llevamos de su amabilísima cordialidad una impresion que alcanza hasta el fondo del pecho. Malta ha sido para nosotros una colonia de la hospitalidad,—un no sé qué de caballeresco y de hospitalario, que recuerda sus antiguos poseedores, que se encuentran en sus palacios, poseidos ahora por una nacion digna del alto puesto que ocupa en la civilizacion. Se puede no amar á los ingleses, pero es imposible no estimarlos.

El gobierno de Malta es duro y estrecho; no es

digno de los ingleses, que han enseñado la libertad al mundo, tener en una de sus posesiones dos clases de hombres, los ciudadanos y los libertos.

El gobierno provincial y los parlamentos locales se asociarian fácilmente en las colonias inglesas á la alta representacion de la madre patria. Los gérmenes de libertad y de nacionalidad, respetados en los pueblos sometidos, son para el porvenir gérmenes de virtud, de fuerza, de dignidad para la humanidad entera. La sombra del pabellon inglés no deberia cubrir mas que hombres libres.

1 de Agosto, á las 12 de la noche.

Despues de haber partido esta mañaua con una mar picada, un calmazo absoluto nos ha sorprendido á doce leguas de la costa, y todavía dura: ningun viento en el cielo, salvo algunas brisas perdidas que vienen de cuando en cuando á arremolinar las velas de los dos buques, y que les hacen espedir una palpitation sonora, un latido irregular, semejante al convulsivo batir de las alas de un pájaro que se muere; el mar está liso y terso como la hoja de un sable; ni una arruga riza su superficie, pero de trecho en trecho, y á grandes distancias se advierten anchas ondulaciones cilíndricas que se deslizan bajo el buque y le bambolean como un terre-

moto. Toda la mole de los palos, de las vergas, de las obenques, de las velas, rechina y tiembla como bajo un viento muy pesado. No avanzamos una línea en una hora; las cáscaras de naranja que Julia tira al mar flotan sin declinacion al rededor del bergantin, y el timonero mira indiferente las estrellas, sin que la barra haga desviarse su mano distraida. Hemos soltado el cable de remolque que nos sujetaba á la fragata inglesa, porque como ninguno de los dos buques atienden á la faena, hubieran podido estrellarse uno contra otro en las tinieblas.

Ahora estamos sobre quinientos pasos de la fragata. Las lámparas encendidas brillan por las troneras en el fondo de los espaciosos camarotes de los oficiales que coronan su popa. Un fanal, que la vista puede confundir con uno de los luceros del firmamento, sube y se ata á la punta del palo de mesana para reunirnos por la noche; y mientras nuestros ojos están clavados en aquel faro flotante que debe guiarnos, una deliciosa música sale de repente del luminoso seno de la fragata y resuena bajo una nube de velas, como bajo las sonoras bóvedas de una iglesia.

Así varían y se suceden las armonías por espacio de muchas horas, derramando á lo lejos, sobre aquel mar encantado y dormido, todos los acentos que hemos oído en las mas deliciosas horas de nues-

tra vida. Todas las reminiscencias melodiosas de nuestras ciudades, de nuestros teatros, de nuestros cantares campestres, asaltan nuestro pensamiento para trasportarle á unos tiempos que ya pasaron, á unos seres separados ahora de nosotros por la muerte ó por el espacio!

Mañana, dentro de algunas horas tal vez, los terribles rugidos del huracan que hace crugir los mástiles, los repetidos embates de las olas sobre los huecos costados de la nave, el cañonazo de socorro, el trueno, las voces convulsivas de dos elementos en guerra, y del hombre que lucha contra su furor combinado, sucederá á esta música serena y magestuosa.

Estos sentimientos se agitan en todos los corazones, y un completo silencio reina en ambos puentes. Cada cual recuerda algunas de aquellas notas significativas y grabadas por una fuerte impresion en la memoria, que ha oído en otro tiempo en alguna circunstancia feliz ó triste de la vida de su corazón; cada cual piensa mas tiernamente en los seres que ha dejado en su patria. Se siente un vago temor de aquel desafio con que parece que el hombre provoca á las tempestades: semejantes momentos son aquellos que debe uno escribir en su pensamiento para siempre, pues contiene en algunos minutos mas impresiones, mas colores, mas vida que años enteros trascurridos en las prosaicas vicisitudes de la vida comun. El corazón está lle-

no y quisiera rebosar; entónces el hombre mas vulgar se siente poeta en todas las fibras; entónces lo finito y lo infinito penetran por todos los poros; entónces se quiere estallar delante de Dios, ó revelar solamente à un corazon simpático, ó á todos los hombres, en la lengua de los espíritus, lo que pasa en el espíritu; entónces se improvisarian divinos cantares de la tierra y del cielo... ¡Ah! ¡Si se supiera una lengua! Pero no hay lengua, sobre todo para nosotros franceses; no, no hay lengua para la filosofía, el amor, la religion, la poesía; las matemáticas son la lengua de este pueblo; sus palabras son secas, puntuales, descoloridas como cifras.—Vamos á dormir.

Las 2 de la madrugada del mismo día.

No puedo dormir; he sentido demasiado; vuelvo á subir sobre cubierta;—pintemos;—la luna ha desaparecido sobre la anaranjada bruma que vela el horizonte sin otros límites. Es de noche, pero es de noche en el mar, es decir, en un elemento trasparente que refleja la menor claridad del firmamento, que parece que conserva una luminosa impresion del dia. Esta noche no es negra, es solamente pálida y aljofarada como el color de un espejo cuando se pone la luz al lado ó detras de él. Tambien el

aire parece muerto ó dormido sobre esa soñolienta capa de las olas. Ni un rumor, ni un soplo, ni siquiera una vela que resuene contra la verga, ni una espuma que zumbe y trace la estela del bergantin en sus costados, que tambien parecen dormidos.

Contemplaba yo esa muda escena de sosiego, de vacío, de silencio y de serenidad; respiraba ese ambiente tibio y ligero del que no siente el pecho ni el calor, ni la frescura, ni el peso, y me decia:—Tal debe ser el aire que se respira en el pais de las almas, en las regiones de la inmortalidad, en aquella atmósfera divina donde todo es inmutable, voluptuoso y perfecto.

Veamos otro aspecto del cielo.—Yo habia olvidado la fragata inglesa, pues miraba hácia el lado opuesto; allí estaba en el mar, à algunas brazas de nosotros; volvíme por casualidad, mis ojos cayeron sobre aquel magestuoso coloso que reposaba inmóvil, inmenso, sin el menor balance de su quilla, como sobre un pedestal de mármol.

La gigantesca y negra mole del buque se destacaba en sombra de la plateada superficie del agua y se dibujaba sobre el fondo azul del cielo, del aire y del mar; ni un resuello de vida salia de aquel magestuoso edificio; nada indicaba á la vista ni al oido que estuviere animado por tanta inteligencia y vida, poblado de tantos seres pensadores y activos; se le hubiera podido tomar por uno de aque-

llos grandes despojos de las tempestades, flotando sin timon, que el navegante encuentra con espanto en las soledades del mar del Sud, y donde no queda una sola voz para decir como pereció la nave; asiento mortuorio y sin fecha, que el mar deja fluctuar antes de tragársela.

Encima del sombrío cuerpo del buque, la nube de todas sus velas estaba agrupada pintorescamente y piramidaba al rededor de sus mástiles, alzándose de piso en piso, de verga en verga, recortadas en mil estrañas formas, desarrolladas en anchos y profundos pliegues, semejantes à las numerosas y altas torrecillas de un castillo gótico, agrupadas al rededor de la gran torre del homenaje; no tenían ni el movimiento, ni el color brillante y dorado de las velas vistas de léjos en el mar durante el dia; inmóviles, mates y teñidas por la noche de un color gris apizarrado, parecian una inmensa bandada de murciélagos ó de pájaros desconocidos de los mares, posados, apiñados unos contra otros en la copa de un árbol gigantesco, y suspendidos de su tronco despojado á la luz de la luna en una noche de invierno. La sombra de aquellas nubes de velas descendia sobre nosotros y nos ocultaba la mitad del horizonte; jamas vision del mar mas colossal y estraña se apareció en un ensueño á la fantasía de Osian. Toda la poesía de las olas estaba allí: la línea azul del horizonte se confundia con la

del cielo, todo lo que reposaba encima y debajo tenia la apariencia de un solo fluido etéreo en que nadábamos. Todo aquel ámbito vago sin cuerpo y sin límites abultaba el efecto de aquella gigantesca aparicion de la fragata sobre las olas, y sumergia la vista y el alma en la misma ilusion. Pareciame que la fragata, la pirámide aérea de su velámen y nosotros tambien nos hallábamos alzados, arrebatados, como cuerpos celestes, en los líquidos abismos del éter, no sostenidos sobre objeto alguno, cerniéndonos en virtud de una fuerza iuterna sobre el azulado vacío de un firmamento universal.

Así pasamos varios dias y varias noches en alta mar,—bonanza perfecta, cielo de fuego;—las olas giran inmensas del golfo Adriático al mar de Africa, como vastos cilindros ligeramente estriados y dorados por la mañana, y por la tarde, semejantes á las columnas de los templos de Roma ó de Pesto.

Paso los dias sobre cubierta; escribo algunos versos á M. de Montherot, mi cuñado:

¡Oh amigo! Mas que amigo, por la sangre
Y por el alma hermano, que lloroso
Sobre el mar con los ojos me seguías;
Cruzando con la mente los espacios
Y el dilatado mar que nos separa,

¡Pienso en tí! Los momentos deleitosos
 Que pasábamos juntos, á la márgen
 De nuestros arroyuelos, sombreados
 Por los pomposos sauces y los tilos
 Perpetuamente en mi memoria viven.
 Pienso en nuestros paseos solitarios,
 En nuestras dulces pláticas, cortadas
 Por tus versos tal vez, ya por los míos;
 —Por tus versos, relámpagos del alma,
 Que sin esfuerzo brotan de tu lira,
 Y que sembrando vas por tu camino,
 Como esas gotas, llanto de la aurora,
 Que á el alba toda la campiña esmaltan,
 Que un rio inmenso formarian juntas,
 Mas que bajo los piés caen silenciosas
 Y entre aromas el sol y el viento aspiran.
 A otros tiempos, amigo, otros cuidados;
 A cada fruto su estacion: de niño,
 En la feliz edad, en que una madre
 A su amante regazo nos estrecha;
 Cuando el llanto y la risa en nuestro rostro
 Por la mas leve causa se suceden,
 Yo tambien á los niños, mis iguales,
 En su language y juegos imitaba.
 En los primeros meses de las flores,
 Cuando la savia de los troncos brota,
 En el márgen del río que fecunda
 Los campos do nací, la verde rama
 Iba á cortar del inclinado sauce.

Con mi aliento sus jugos calentando,
 Entera la corteza desprendía,
 De un soplo la animaba, y al instante
 Un blando y triste acento en la espesura
 Empezaba á sonar. Aquel acento
 Que no ajustaba el arte á su medida,
 No era mas que un rumor vano, un murmullo
 Suave y vagoroso, semejante
 A esas voces del viento y de las aguas
 Que halagan el oído dulcemente,
 Sin que en ellos busquemos un sentido;
 Mero preludio de temprano ingenio,
 Que al canto y á las lágrimas se ensaya!

¡Ya ese tiempo pasó; ya el medio día
 De mi vida ha llegado, y he sufrido,
 Y mi espíritu en mí grande se ha hecho!
 Aquellas cañas frágiles, juguetes
 De mi infancia, el aliento, que me oprime
 No pueden contener: no hay lengua, ritmo,
 Ni guerrero clarín, ni arpa sagrada,
 Que el soplo de mi alma no rompiera
 Mil y mil veces con su recio impulso.
 ¡Todo á su llama se derrite, todo
 A su terrible embate se doblega!
 Para ecshalar su acento impetuoso
 Ha renunciado á los mortales verbos,
 Cuyos frágiles símbolos haria
 Con su choque estallar. Si los usara,

Resonarian cual la voz del trueno,
 Como la luz del rayo brillarian,
 Y los hombres las frentes inclinando,
 Aterrados clamaran:—“¡Oh Dios mio,
 Que nos hable mas quedo, ò perecemos!”

Ya no les habla, no; se habla á sí mismo
 En la mística lengua sin palabras,
 En el supremo verbo que ninguna
 Mano carnal ha escrito, en que habla al alma
 El alma, y á la mente habla la mente!
 De las humanas lenguas olvidado
 Así su adusta soledad consuela!
 Siempre dentro de mí ruge y se agita
 Como un mar en continuo movimiento;
 Hace en mis sienes martillar mi sangre;
 Y resonar así cual de desecha
 Tempestad, rauda vuelo, cual torrente
 De abismos en abismos derrumbado,
 Cual los ecos del rayo en las montañas,
 Como la voz de los furiosos cierzos
 Que del Líbano al mar se precipitan,
 O como los embates con que fiera
 Sobre enhiesto peñon la marejada
 Sube, monte de agua, y baja, espuma.
 Esas son, esas son las solas voces
 Que lo que siento en mí decir podrian!

No esperes, pues, de mí versos sujetos
 A la comun medida, en que la idea
 Cual de un arco sonoro desprendida
 Vibra sobre sonidos semejantes,
 Dócil sierva de armónicos caprichos.
 Ese eco frío de los versos, ora
 A mi oído repugna, y si el recuerdo
 De los pasados tiempos se despierta
 En mi mente tal vez; si desde el mundo
 Desierto de este límpido Oriente
 Se torna á tí, risueño mi semblante;
 Si pienso en mis amigos, que esta aurora
 Cual yo verán, y quiere todavía
 Confundirse mi alma con las tuyas,
 Con otra voz mi corazón amante
 Les envía y les pide sus recuerdos.
 ¡La oración es mi voz! Voz soberana,
 Lengua alada y sublime, que confunde
 Todos los corazones que se aman
 En un solo suspiro; que visibles
 A los ojos del alma hace, y presentes
 Ante Dios á mil seres adorados,
 Dispersos por los ámbitos del mundo.
 ¡Lenguaje universal que al cielo llega,
 Inextinguible incienso que perfuma
 Al que le da y á aquel que lo recibe!

Así mi corazón se comunica
 Contigo; las palabras de la tierra